

VOCACION; véase: PADRES (*Deberes de los padres en orden á la vocacion de sus hijos*).

VOLUNTAD (Buena); véase: HOMBRE.

VOLUPTUOSIDAD.

Erunt homines seipsos amantes, voluptatum amatores, et virtutem abnegantes.

Levantáranse hombres amadores ó pagados de sí mismos... amadores de deleites, y que renunciaron á la piedad.

(II Tim. III, 2, 4, 5.)

No soy, hermanos míos, de la opinion de aquellos hombres, tan mal avenidos con la presente época, que no encuentran palabras bastante duras para calificarla; de manera que, á juzgar por sus continuas declamaciones, cualquiera creeria que la malicia es una cualidad exclusivamente propia de nuestros tiempos. Segun ellos, jamás se vió llegar á tal extremo la corrupcion de las costumbres; nunca se vió, como ahora, pasear triunfante á la infame mujer de Babilonia, simbolo de la disolucion. Muy otros eran los antiguos tiempos; los hombres no eran entónces tan frágiles; y dado caso que lo fueran, sabian guardar intacto en vasos de barro el tesoro de la inocencia. No participo, oyentes míos, de esta opinion; pues sé que la malicia es muy anterior á nuestra época, y que desde que el mundo fué puesto en un suelo maligno, produjo siempre malos frutos. ¿Por ventura no leemos en los libros santos, que cuando aún era niño, toda carne habia corrompido su camino? ¿No sabemos tambien, que llegado á la edad de la adolescencia, se vió inundado por una multitud de vicios tal, que llenó de horror al profeta Oseas? Desengáñense, pues, los genios socráticos y descontentadizos; ó se ha de ignorar la historia del mundo, ó se ha de confesar que ha sido siempre corrompido y malo. Sin embargo, lo diré francamente: no sé si en los tiempos antiguos hubo, ó fué tan comun, un género de vida que San Pablo predijo se introduciría en los últimos tiempos, esto es, una

vida voluptuosa y afeminada, consagrada enteramente al ocio, á los placeres, á la voluptuosidad: *Erunt homines seipsos amantes, voluptatum amatores, et virtutem abnegantes*. Ciertamente, ó no hubo jamás semejante plaga, ó nunca se extendió tanto como ahora. Por tanto, permitidme que con la libertad propia del sagrado ministerio que ejerzo, clame contra esta especie de vida, manifestándoos la raíz de que procede, los perniciosos efectos que produce, y el fin lastimoso á que conduce. La raíz es el amor desordenado de sí mismo: *Erunt homines seipsos amantes*; los efectos son los placeres sensuales: *voluptatum amatores*; el fin es renegar de la religion que se profesa: *virtutem abnegantes*. ¡Ojalá que temerosos de este fatal contagio, huysis de él antes que logre aproximarseos! Pidámoslo por la intercesion de la Virgen, saludándola con las palabras del Angel. A. M.

1. No sé si he explicado con bastante claridad qué es lo que yo entiendo por vida voluptuosa. No entiendo por tal una vida dedicada á las torpezas sensuales, vida sórdida y animal, que sumergiendo al hombre en el fango de la materia, lo pone al nivel de los mismos brutos; cuya especie de vida es propia únicamente de algunos pocos hombres, que menospreciando las leyes de la honestidad y del decoro, se abandonan en cuerpo y alma á la más desenfrenada concupiscencia. Entiendo una vida blanda, cómoda, desidiosa, dada á la pereza y al regalo, y que se pasa toda entre juegos, visitas, paseos, bailes y diversiones; vida, que absorbiendo enteramente los dias y las horas, no deja tiempo para atender á las obligaciones propias del estado de cada cual, ni, lo que es más, para cumplir con los deberes religiosos, á no ser aquel breve rato que en los dias festivos se destina á oír una misa precipitadamente y con distraccion.

Para conocer cuan impropia es esta especie de vida de un verdadero cristiano, y cuán perjudicial á la salud del alma, basta examinar su raíz. ¡Santo Dios! ¿puede ser más infecta y pestilente? Es el amor desordenado de sí mismo, calificado por el Apóstol con el nombre de pecado, porque, si no tiene toda la malicia de éste, tiene á lo ménos todas sus fatales tendencias: *Erunt homines seipsos amantes*. Este es el que la produce, la alimenta y le dá fuerza y vigor, así como el pecado original dá vida y vigor á la concupiscencia. En efecto, ¿cuál es la causa de que tantos jóvenes de ilustre cuna, vivan en una continua ociosidad, como si el ejercicio de las artes y de las ciencias, fuera exclusivamente propio de personas pobres y humildes? ¿De dónde procede la repugnancia que tienen muchas mujeres á todo cuanto ofende en algun modo á la delicadeza de sus gustos é inclinaciones?

Del amor que unos y otros se profesan á sí propios, del apego á la comodidad y al regalo en que han sido criados.

Tenemos acerca de esto un ejemplo en el libro de los Jueces, donde aquel santo espíritu, que, bajo el velo de misteriosas parábolas, suele ocultar divinos misterios, describe elegantemente el congreso de las plantas para la elección de un rey. Dos fueron las propuestas en primer lugar para la dignidad del principado, el olivo y la higuera; pero ambas, con diversos pretextos, se excusaron de aceptar el poder real. ¿Puedo yo acaso, dijo el olivo, dejar mi grosura, y tomar sobre mis hombros el peso enorme del gobierno? (JUDIC. IX, 9.) ¿Y puedo yo, añadió la higuera, dejar mi dulzura y mis frutos delicadísimos, para exponerme á los sinsabores y angustias que acarrea el cuidado de los negocios ajenos? No, no; preferimos mil veces seguir disfrutando de nuestra tranquila y cómoda vida, que ceñir nuestras sienes con una pesada corona.

Pues ¿no es este mismo, amados oyentes, el lenguaje que usan los hombres voluptuosos y sensuales? ¿puedo yo, dice el noble, macerarme con manjares ingratos y poco succulentos? ¿puedo yo, dice la dama, tender mis delicados miembros sobre un lecho ménos blando? En verdad, nadie aborrece su carne, sino los locos ó los salvajes. Ved aquí, hermanos carísimos, como los voluptuosos, por no mortificar su cuerpo, que forma todas sus delicias, renuncian á aquel eterno reino que la fe les ofrece y la esperanza les promete.

Este es, á mi parecer, el medio que para arrastrar las almas al infierno, ha sustituido ahora el demonio á la persecucion que antiguamente suscitó contra los fieles de Jesucristo. En los primeros siglos de la Iglesia, procuraba vencerlos con el horror de los suplicios; ahora los vence con el amor de sí mismos; entónces laceraba la carne, ahora la halaga y acaricia; entónces la atemorizaba, ahora la corrompe. ¡Ah! hermanos míos, ¡cuán terrible y funesta es para los fieles de Cristo esta especie de persecucion! ¡Cuánto más crueles y mortíferos son para ellos, aunque no lo parezcan, el lujo de los adornos, el perfume de las esencias, la blandura de las camas, que el rigor de los potros, de las tenazas y de los azotes con que eran martirizados los primitivos cristianos! Jamás el cielo recibió en su seno un número tan grande de almas como cuando la sangre de los mártires bañaba aquellos instrumentos de muerte, y sus carnes eran destrozadas por mano de los verdugos. Por uno que cediese á la fuerza de los tormentos, habia mil que iban en busca de ellos con tanto afán, que á no ser por la celestial serenidad que brillaba en su semblante, cualquiera los hubiera tomado por locos ó fanáticos. Así es, que entran

continuamente en aquella santa ciudad falanges enteras de fieles triunfantes con palmas en las manos; de manera que en aquellos tiempos, que parecian de universal desolacion, lo eran para el cielo de inefable alegría y de abundantísima cosecha. De este modo el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de la vida, edificó la celestial Jerusalem, y los tiranos, que en su infernal delirio se propusieron destruir la viña del Señor, creyendo arrancar sus raíces y hacerla secar, no hicieron más que aumentar su ya prodigiosa fecundidad. Mas ahora el amor de sí mismo edifica la Babilonia infernal, y el regalo, el lujo y la afeminacion, no hacen más, por decirlo así, que llevar materiales al grande edificio para que se levante soberbio con más presteza, y para que á medida de los deleites que gozan los mundanos, crezcan los tormentos que se les preparan.

Sin embargo, yo no digo, oyentes míos, que toda comodidad ó satisfaccion mundana, tomada separadamente, sea por sí sola un pecado. No digo que sea un pecado el uso de los manjares delicados, ni la asistencia á las visitas ó reuniones, ni las partidas de campo, ni otras semejantes cosas; porque Dios se complace de nuestra debilidad, y concede de cuando en cuando algun solaz á nuestro fatigado espíritu: pero, sí, digo, que esa desordenada afición á los placeres sensuales, ese lujo deslumbrador, esa sed de pasatiempos y diversiones que hoy día se observa entre nosotros, forman una vida viciosa que conduce á los suplicios eternos.

Así lo predijo Dios por boca del profeta Amós á los ricos de Sion y de Samaria. ¡Ay de vosotros! dijo, ¡ay de vosotros los que magníficamente ataviados, ocupais la anchura de las calles con la pomposidad de vuestros vestidos! ¡ay de vosotros los que dormís en lechos de marfil y de ébano! ¡ay de vosotros los que os envolvéis en finísimas telas y os acostais sobre blandas plumas! ¡ay de vosotros los que escogéis el cordero más tierno del rebaño y el becerro más gordo de la vacada! ¡ay de vosotros los que os perfumais con olorosos unguentos y bebeis vinos exquisitos en colmadas copas de oro! *Separati estis in diem malum*: sois otras tantas ovejas que se dejan engordar retozando libremente por el prado, para sacrificarlas á la justicia divina en el terrible día de las venganzas.

Jesucristo nos confirma á cada paso esta verdad. Con efecto; ¿hay cosa más frecuente en su Evangelio, que la eterna maldicion de los que abundan en riquezas y viven en la abundancia y el regalo? ¿No se llama en sus sagradas páginas infelices á los que rien alegres en medio de los placeres, y creen gozar por dilatados años los muchos bienes que han allegado? ¿Y no se dice claramente, que quien ama su

cuerpo lo perderá para siempre? Y no creo que Jesucristo haya dictado para vosotros otro Evangelio, ni que haya reformado la doctrina evangélica para adaptarla en obsequio vuestro á la corrompida naturaleza humana. Para vosotros han sido tambien escritas sus máximas de mortificacion, de penitencia y rigidez; y si lo contrario creéis, si creéis que Jesucristo las ha escrito solamente para las personas piadosas, habeis de creer igualmente que sólo á ellas ha prometido la gloria del cielo. Desengañaos, no es amor el que mostrais hácia vosotros mismos, tratando á vuestro cuerpo con excesiva blandura; es un ódio disfrazado de amor. Porque así como fueron más fatales para Sanson los halagos de la fementida Dálila, que la enemistad y el rencor de los filisteos; así tambien es más perjudicial para vosotros este amor de vosotros mismos, que cuantos enemigos invisibles os asedian y maquinan vuestra ruina.

Pues si tal es, hermanos míos, la raíz de la voluptuosidad, ¿cuáles serán sus efectos? ¿Es posible que una planta tan mala deje de producir malos frutos? Los produce, sí, y de tal naturaleza, que su solo nombre es ya ingrato á las almas inocentes y á las culpables; á las inocentes, porque les causa rubor, y á las culpables, porque las llena de confusion. Los placeres sensuales son ignominiosos para el cuerpo y corruptores para el alma: *Erunt homines voluptatum amatores*. Y ¿qué tiene esto de extraño, si bien se considera? ¿No sabemos por experiencia que las aguas estancadas son cenagosas y fétidas? Pues ¿qué otra cosa es la vida ociosa y sensual, sinó una agua estancada, como decia el profeta Jeremias, en el camino de Egipto y en la senda de los asirios? Por tanto, preciso es que esta vida sea inclinada al vicio y dé frutos de corrupcion.

Las ideas agradables con que se procura recrear el entendimiento, los objetos placenteros con que se halaga la vista, los delicados manjares con que se sustenta el cuerpo, y los placeres y comodidades que continuamente se le ofrecen, son otras tantas seducciones que provocan el desórden y la rebelion de los sentidos, Y si éstos son ya rebeldes de suyo é inclinados á la corrupcion, ¿qué será cuando con tales medios se fomenta su natural perversidad? ¿No arderá el fuego con más viveza si lo rociamos con aceite? ¿y no se levantará la llama á mayor altura si la alimentamos con ardiente pez? A este propósito, os recordaré el notorio quanto triste ejemplo de David. Levántase del lecho el monarca despues de medio dia, siendo así que antes solia interrumpir el sueño á media noche para alabar al Señor. Paséase tranquilamente por el terrado de su palacio, mientras que sus fieles vasallos, cargados con el peso de las armas y de las cotas de malla,

pelean en los campos de batalla por la honra de su rey y de su pátria. ¿Y cuál fué el resultado de esta ociosidad, de esta molicie? Bien lo sabeis, hermanos míos; un vergonzoso pecado de adulterio con la mujer de un leal y esforzado capitán. ¡Ah! muy crédulos seriais, si pensarais que una pasión tan fogosa é insaciable como la concupiscencia, se contuviera dentro de ciertos límites cuando se le sueltan las riendas, dejándola vagar libremente á merced de sus voluptuosos instintos. No se contenta con visitas, conversaciones y miradas, ni bastan á satisfacer sus deseos los pomposos vestidos, ni los espectáculos profanos, ni las mesas suntuosas; necesita otros mayores deleites, que aunque incapaces de saciarla, son, sin embargo, su más apetecido pasto. Estos son los que anhela, en pos de ellos va loca y desenfrenada cual caballo en celo, hasta que sucumbe bajo el peso de sus mismos excesos.

Fijad la atención en aquellos que se corrompieron con los deleites de la carne, y vereis que la causa de su abominable corrupcion fué la intemperancia en el comer, la lectura de malos libros, la vista de objetos peligrosos, la asistencia á los espectáculos teatrales. Estas fueron las cuatro ruedas del carro de Faraon, que los precipitaron en el mar Rojo, donde el que cae, queda sumergido para siempre. Ni podia ser de otra manera; porque si la concupiscencia es, como dice el Eclesiástico, un fuego que nunca se apaga, ¿cómo no habia de arder, alimentado por tanto combustible, hasta reducirlo todo á cenizas? Si el corazón del hombre es cual estopa secada á los ardientes rayos del sol, ¿cabe en la esfera de lo posible que el corazón del voluptuoso deje de arder y consumirse, rodeado como está de las abrasadoras llamas de la concupiscencia? Acaso os lisonjeais de que no os sucederá á vosotros lo que ha sucedido á los demás; pero yo temo mucho que se repita en vosotros el ejemplo de aquellos desdichados, á quienes, como leemos en los libros santos, nació la lepra encima de las llagas que los cubrian: *Plaga lepræ orta in ulcere* (LEVIT. XIII, 20): es decir, temo que vuestra conciencia se haya aletargado hasta el punto de volverse estúpida, y que la voluptuosidad haya producido en vosotros los mismos efectos que suele causar el estupor á un hombre de limitado entendimiento, como sucedió á aquellos impíos de que nos habla el Sábio, los cuales, habiéndose entregado á toda suerte de licencias y placeres, perdieron la luz de la razón, y llenos de loca alegría, no pensaron más que en buscar nuevos goces y satisfacciones.

Si así fuese, hermanos míos, preciso seria poner pronto remedio á tan grave mal. *Ejice ancillam*, dijo Dios á Abrahán, *et filium ejus*

(GÉN. XXI, 10); echa de tu casa á la imperiosa esclava y á su vicioso hijo. Hermosa figura, dice el Apóstol, por cuyo medio somos todos instruidos en Abrahan. Esta esclava es la concupiscencia, y su corrompido hijo es el desordenado amor de nosotros mismos: *Ejice ancillam et filium ejus*. Léjos, pues, de nosotros esta esclava y su hijo; la crueldad para con ellos es una especie de piedad, toda vez que su compañía corrompe nuestras costumbres é inficiona nuestra alma.

Mas ya que miéntras estamos unidos á esta carne y sujetos á sus flaquezas, no podemos desprendernos de ellas, y tenemos que albergarlas bajo nuestro techo; á lo ménos mortifiquémoslas con la privación de los placeres y comodidades, y tratémoslas como esclavas que son; pues de esta manera no oprimirán á la razon, que es la dueña de nuestra casa, ni la extraviarán con sus perversos consejos é instigaciones. ¿Qué hace el diestro domador con la fiera que se propone amansar? Castígala con el palo, con el hambre y con el fuego, y de este modo le va quitando poco á poco su natural fiereza hasta convertirla en un manso y obediente animal. Pues lo mismo debeis hacer vosotros con la concupiscencia y el amor de vosotros mismos; quitadles todos aquellos alicientes con los cuales halagan los sentidos y los ponen en rebelion contra el espíritu.

3. Si fea y torpe os parece la voluptuosidad por la fiel pintura que de ella acabo de haceros, más deforme y aborrecible os parecerá cuando sepais el triste fin á que nos conduce. ¿Sabeis á dónde nos conduce, hermanos míos? á renegar de nuestra religion: *Erunt homines virtutem abnegantes*. Esta proposicion se funda en un principio del papa S. Leon, el cual observa que el hombre que no obra como cristiano, renuncia interiormente á su fe y reniega de su religion. Porque, como dice el santo, hay dos especies de renuncia, una de palabra y otra de hecho: renuncian de palabra á la fe los que, nacidos en el seno de esta buena madre, huyen de sus brazos para echarse en los de una infame meretriz; renúncianla de hecho los que no observan sus máximas, ni arreglan por ellas sus costumbres.

¿Sabeis, hermanos míos, qué quiere decir *cristiano*? ¿Creeis acaso que quiere decir hombre divertido, hombre de mundo, como vosotros decís, hombre, en fin, á quien es licito coger la más hermosa flor de los placeres donde quiera que la encuentre, sea campo abierto, ó cerrado? En tal caso estáis muy equivocados. *Cristiano* quiere decir, hombre que huye de los deleites, hombre casto, puro, aborrecedor del pecado y de los pecadores. Quiere decir, hombre mortificado, hombre penitente, que refrena los apetitos desordenados y crucifica la carne y sus concupiscencias. Quiere decir, por último, un

hombre, que sabiendo que tiene un cuerpo inclinado naturalmente al pecado, lo ofrece á Dios, purificado con los rigores de una continua mortificacion, como hostia viva, santa y agradable. Esto es lo que quiere decir *cristiano*, y no lo que se figura una imaginacion perversa, ó lo que quisiera que significase una voluntad depravada.

Esto supuesto; ¿paréceos que convenga semejante nombre al que oye con más gusto á los histriones que á los ministros de Dios; al que quiere más pasearse distraido por las calles y plazas, que asistir devoto á las iglesias; al que no obstante la benignidad con que el Vicario de Jesucristo procura atenuar el rigor de la penitencia prescrita durante la cuaresma, busca mil pretextos para eximirse de ella? ¿Convendrá este nombre al que no encuentra manjares bastante buenos y bien condimentados, telas bastante finas, ni camas bastante mullidas? ¿Os convendrá á vosotras, oh mujeres nobles, tan sensibles y delicadas, ó á vosotros, jóvenes afeminados, que en el refinamiento de vuestros gustos y en la molicie de vuestras costumbres superais á las mujeres mismas?

No, no; Jesucristo no reconoce por discípulos suyos á los hombres y á las mujeres de semejante condicion. Miéntras llega aquel tiempo en que separará la paja del grano, separa los cristianos de mero nombre, de los cristianos de hecho, como su eterno Padre mandó á Gedeon que lo hiciera con sus soldados. Oye, oh capitán, le dijo, mis supremos mandatos. Tú tienes bajo tus órdenes una gran multitud de tropas; pero éstas, en su mayor parte, más que de soldados, se componen de niños imberbes y débiles mujeres. Separa á los cobardes de los valientes, á los débiles de los fuertes; y conservando bajo tus banderas á los que resisten al rigor del sol, del viento, del hambre y de la adversidad, despide á los que tiemblan al menor peligro y succumben al primer embate (JUDIC. VII, 5). Pues lo mismo hace Jesucristo con una gran multitud de hombres que se tienen y son tenidos por cristianos: separa á los verdaderos de los falsos, y quedándose con los primeros, echa léjos de sí á los otros, que son los voluptuosos, los afeminados, los amigos del placer y enemigos de la mortificacion.

Pero esta es una renuncia, por decirlo así, negativa; y aunque los que la hacen no conformen sus costumbres con la fe que profesan, puede, sin embargo, decirse con verdad, que conservan esta fe. Hay empero otra especie de renuncia, que puede llamarse positiva, á la que nos conduce poco á poco la voluptuosidad. ¿Y sabeis cómo? del mismo modo que en otro tiempo las mujeres extranjeras hicieron renegar de su fe al gran Salomon. Parece imposible que un rey tan

iluminado, tan sabio, perdiese de tal manera la luz de Dios y de la razón, que sacrilegamente postrado á los piés de Astarte, diosa de los sidonios, de Camos, dios de los moabitas, de Moloc, ídolo de los amonitas, les ofreciese víctimas y sacrificios; pero desde el momento que las mujeres idumeas, heteas y moabitas ablandaron y corrompieron su espíritu, ya no fué difícil su apostasía. Porque la voluptuosidad suele conducir á la idolatría; y cuando el corazón está corrompido por la molición, el error extravía fácilmente el espíritu. Las mujeres extranjeras representan la vida voluptuosa, y Salomón figura el que la sigue. Los que nacieron en el seno de la verdadera fe, y en quienes ésta echó profundas raíces á favor de una cristiana educación, miran como una cosa muy difícil el dejarse arrastrar por el viento de las malas doctrinas. Mas, para persuadirse de lo contrario, basta considerar que la fe llena de inquietud y temor á los que quieren entregarse sin recelo á la vida voluptuosa, y que por tanto, éstos, para no verse turbados en sus punibles goces, hacen los mayores esfuerzos por desterrar la fe de su corazón. Empiezan por desear que su alma sea mortal, luego dudan que sea inmortal, y últimamente dan por sentado que es mortal; y roto ya todo freno de religión, siguen el ejemplo de aquellos ímpios que se excitaban mutuamente á la más infame voluptuosidad: *Venite, fruamur bonis quæ sunt, non enim est reversio finis nostri, et æqua conditio est hominis jumentorum* (ECCLES. III, 19).

¡Ojalá, hermanos míos, que no fuera cierto lo que digo! mas, por mucho que cueste creerlo, las máximas, los discursos y la conducta de muchos hombres, nos hacen abrir á pesar nuestro los ojos á la luz de la verdad. ¿Quiénes son, en efecto, los que propalan ciertas escandalosas máximas sobre el fuego del infierno, los tormentos de los condenados y la futura eternidad? ¿Quiénes los que ponen en ridículo la monstruosa figura de los espíritus infernales, y hacen burla de las apariciones? Comúnmente aquellos que queriendo dormir tranquilos en el blando lecho de la voluptuosidad, procuran no creer para no temer. No tienen valor para negar abiertamente la verdad de la fe, para entrar repentinamente en aquellas profundas aguas y enturbiarlas con sus inmundos piés; pero van escarbando tanto la arena que las circuye, y tanto las van sondeando, que no se necesita mucha penetración para adivinar que no creen.

Por tanto, cristianos carísimos, antes de llegar á este fatal extremo, revestíos de varonil valor para arrojar lejos de vosotros la voluptuosidad. Tratad á esta infame meretriz, que tan seductora se presenta á vuestros ojos, como Jehú trató á la orgullosa Jezabel cuan-

do la vió asomarse á la ventana, pintado el rostro y adornada la cabeza; arrojada de lo alto, y hacedle entender que sus atractivos y seducciones solo hacen mella en los espíritus débiles, y si algún efecto causan en los fuertes, es tan solo el de hacerse aborrecer de ellos. Y si queréis vivir en este mundo una vida dulce y tranquila, buscad esa dulzura y esa tranquilidad en el Señor; porque los goces del espíritu son inmensamente superiores á los de la carne, y la paz del alma supera infinitamente á los placeres del cuerpo.

DIVISIONES.

VOLUPTUOSIDAD.—Es enemiga de la naturaleza.

Es enemiga de la gracia.

Es enemiga de la gloria.

VOLUPTUOSIDAD.—Es un monstruo que debe ser ahogado en su origen.

Es un monstruo que se oculta cuando se quiere destruir.

Es un monstruo que de ordinario no turba á los pecadores sino cuando están á punto de morir.

VOLUPTUOSIDAD.—Los cristianos no viven como cristianos cuando son esclavos de la voluptuosidad.

Los hombres no viven como hombres cuando son esclavos de la voluptuosidad.

Las mujeres no viven como mujeres cuando son esclavas de la voluptuosidad.

VOLUPTUOSIDAD.—Nos hace encontrar dulzura allí donde no hay más que amargura.

Nos hace encontrar amargura allí donde no hay sino dulzura.

VOLUPTUOSIDAD; véanse los tratados: RICO AVARIENTO, SENSUALISMO y SENTIDO DEPRAVADO.